
LOS FUNERALES.

BOSQUEJO DE COSTUMBRES CHINAS.

Era el mes de Junio. El calor abrasador que la reverberación del sol produce en la inmensa llanura que rodea á Pekin, nos tenia aniquilados y sin fuerzas para otra cosa más que para estar tendidos en sillas-camas, productos del Sur de China. Nuestras vestimentas eran por demás elementales, y el letargo que nos abrumaba no nos dejaba más fuerzas que las absolutamente indispensables para despedir á las moscas y mosquitos que sin cesar nos acosaban, así como para lamentarnos de los mil incalificables olores que se desprenden de las calles, en donde desde siglos se vienen acumulando sin número de todo género de inmundicias, las cuales hacen que en verano y cuando las primeras lluvias han venido á remojarlas, despidan pestilentes emanaciones, acrecentadas por los rayos del sol, que convierten la capital de este vasto Imperio en el muladar más asqueroso, del que no es posible formarse la menor idea, á ménos que el olfato tenga la desgracia de hacer de estos perniciosos perfumes fatal experiencia. Contribuía á nuestro sopor y á ese aniquilamiento, el desaliento que se ampara de cuantas personas se encuentran por primera vez ante la nada envidiable perspectiva de tener que pasar un tiempo indeterminado en este desierto, en donde el europeo, verdadera planta trasplantada en tierra

contraria de todo punto á la que está acostumbrada á vivir y morir; donde todos los objetos se asocian á la repugnante novedad, la antítesis más completa, tanto en sus formas ulteriores, que en lo que naturalmente significan, de cuanto se está acostumbrado á ver y observar en el resto del mundo, sin que la costumbre de recorrerlo del Norte al Sud, y del Este al Oeste—que en nosotros es mucho—sea capaz de evitar la sorpresa desagradable que se experimenta. En ningún país del mundo, en efecto, es mayor la impresión que la que en este se recibe, y por muy acostumbrado que el europeo se encuentre á los cambios repentinos de hábitos y de costumbres, en ninguno son mayores, de seguro, los ataques de la nostalgia como lo son en China, siendo necesario toda la fuerza de la costumbre adquirida, ó los pocos años, para no sucumbir á un mal que tantas víctimas causa en nuestros compatriotas que emigran de Galicia, con la caída de la famosa paletilla, de que tanto hemos oído hablar en Andalucía con incredulidad grande, y sirva la pequeña digresion que antecede, aunque agena al bosquejo que pensamos trazar, para mejor hacer comprender todo el efecto que produjo en nosotros el cuadro que presenciámos.

Dormitábamos, pues, embargadas nuestras almas por las sensaciones que dejamos apuntadas, cuando un ruido estrepitoso vino á sacarnos de nuestro letargo. Parecía que una legion de demonios acompañada de otra de marmitones, se habian dado cita no léjos del hogar que habitábamos. Estruendo de cacerolas y ruido de objetos de metal que se entrechocaban, acompañado de una especie de mugido que de animales feroces parecía, llenaban los aires, y entre ese infernal concierto sobresalía el eco chillon de ciertas campanillas, mezclando con atronadora voz, de vez en cuando, á esa algarravía, la ronca vibracion de los jonjs chinos. Esa horrible encerrada sólo moderaba su endemoniado estrépito, cuando una especie de campana se dejaba oír, y entonces en vez del estruendo que los objetos de metal producian, resonaban voces que entonaban ciertos cánticos, algo parecidos por su lenta monotonía al de los árabes cuando entonan versículos del Coran en sus reuniones de derviches giradores, volviendo á poco con nuevo vigor la reproduccion de los discordantes sonidos que en un principio nos habian iniciado á las dulzuras de la música china.

Como era natural, nos levantamos despavoridos, no por el te-

mor, pero sí por el horrible efecto que en nuestros tímpanos esa abigarrada música producía, sin podernos dar cuenta de lo que todo eso significaba. Con gritos desaforados llamábamos á nuestro criado;— chino de los más feos y listos que hemos visto, —el cual, despues de darle varias voces, concluyó por oír que le llamábamos. Llegó á nuestra presencia é inmediatamente empezó el interrogatorio que era consiguiente. Por él supimos que todo aquel fracaso significaba, que en la vecindad habia muerto un chino de gran cuenta, puesto que era el difunto nada ménos que el preceptor del Emperador, fallecido hacia un par de años, al cual su familia y deudos empezaban á tributarle las exéquias religiosas á que su importancia y alta alcurnia le daban un derecho incontestable y jamás olvidado en China, llevándolo á cabo con el esplendor que en tales ceremonias se acostumbran en todo el extremo Oriente, y en la forma que son propias á estos pueblos, cuya civilizacion en otros tiempos dió quizás el impulso que muchas de las nuestras aun conservan.

Sabido es que desde tiempo inmemorial ninguna variacion han sufrido, y que siendo la idea fundamental del Celeste Imperio el culto de los antepasados, semejante idea ha debido elevar á último grado las ceremonias religiosas.

Resulta, en efecto, que el primer cuidado de los chinos es asegurar á sus parientes, á los ascendientes por lo ménos, obsequios suntuosos y decente sepultura. Cuando la muerte viene á llevarse á un padre de familia, aunque esta quede sin recursos, encierran el cuerpo en un féretro; la familia vende ó toma prestado cuanto puede, y si eso no basta, el hijo se contrata en calidad de criado y trabajará para mejorar sus negocios á fin de que nada falte, aún cuando tenga que aguardar algunos años para que la ceremonia se verifique con el lujo que corresponde á la condicion que el difunto en vida ocupaba. Obsérvase tambien en las familias de alta gerarquía, que el respeto hácia los parientes es tanto más profundo, cuanto los funerales se retardan, y como cada día que se aplazan dá lugar á la percepcion de cierto derecho de fisco, resulta que se considera la riqueza de la familia en relacion al mayor tiempo que se somete á este impuesto voluntario. (1)

(1) En el archipiélago indio este derecho asciende á 300 florines; así es que los funerales del capitán chino de Samarang costó la enorme cantidad de 400.000 rupias.

Desde tiempo inmemorial, los duelos en China han sido severos y prolongados, y se vé servir á los muertos, antes de conducirlos á su última morada, mesas cubiertas de manjares exquisitos (cuyos banquetes se celebran en la misma sala donde se halla expuesto el féretro de enormes dimensiones, que más arca ó inmenso cajon que caja de muerto parece, y á cuyo aposento concurren, á más de la familia y deudos, todos los amigos y allegados del difunto.

La música discordante que oíamos, así como los rugidos de fieras, campanillazos, golpes de jary y otras algazaras, eran producidos por el comienzo de las ceremonias religiosas y funerarias, á las que asisten bonzos de diferentes sectas, aun de aquellas á las que no pertenece el difunto, con objeto, sin duda, de evitar cualquiera equivocacion que en seguir tal ó cual de ellas hubiera padecido el finado. ¡Qué admirable prevision!

Todo ese ruido de instrumentos y cantos que se dejan oír en las casas mortuorias, tiene además por objeto poner en fuga á los malos espíritus que errantes andan alrededor de los cadáveres; y hé aquí por qué colocan tambien sobre los féretros figuras horribles, pues á pesar de todas esas precauciones, los malos génius continúan la persecucion contra los muertos. Tienen tambien en cuenta otros enemigos ménos problemáticos que los malos genios, tales como los ladrones y salteadores de las tumbas, á los cuales esperan ahuyentar con esas terribles figuras destinadas á llenarlos de religioso terror.

En la suposicion de que el fallecido pueda necesitar dinero en el otro mundo, tambien encierran en la tumba una especie de panecillos de plata por valor de muchos tael; pero modernas y prácticas alteraciones hacen que actualmente se contente la familia con sustituir el precioso metal con objetos de carton, de la forma y apariencia de la plata *sachi*, en la problemática esperanza de que los muertos se contenten del papel-moneda, que tiene curso entre los vivos.

Otra de las cosas que complican los funerales de este pueblo, es la creencia de que los chinos no tienen una sóla alma como los europeos, y que, por el contrario, tresson las que habitan su perecedera figura, y que siendo distintos sus destinos, diferentes han de ser tambien los honores que se le tributen. Por eso es que al lado del catafalco se ven tres personas distintas, revestidas de trages tea-

trales que tienen la mision de representar las várias almas del difunto. Cada cual se halla revestida de un traje diferente, representando la una, vestida de mujer, adornados los cabellos con flores y admirables bordados sobre sus vestidos de seda; el alma terrestre, la que habita el cuerpo de un animal más ó ménos noble, á ménos que no consiga encerrarla en la tableta funeraria con ayuda de ceremonias especiales. El segundo personage, revestido del traje que suponen que ha de usar el gran mandarin del infierno, representa el alma encargada de espiar las culpas del difunto, mientras que la tercera, por último, significa el alma victoriosa, la que habita en el cielo acompañada de los ángeles, los sábios y los dioses. ¿Cómo pues maravillarse del esplendor del traje de un personage vestido de guerrero triunfador y cuya cabeza se halla adornada de dos plumas de faisán entrelazadas que tienen su asiento en el gorro que la cubre? La casa entera se adorna tambien con gran cuidado, cubriendo los patios de anchas esteras que forman toldos, bajo los cuales se ocultan de los ardores del sol, el sin número de personas que acuden á tributar los últimos honores al finado, y de noche los cantos y las músicas no discurren sino á intervalos cortos.

Como la riqueza de la familia se considera en razon de lo que los funerales cuestan, éstos duran, cuando ménos, tres semanas, por mediana que sea su riqueza, y por consiguiente figúrese el lector, cuya paciencia haya sido bastante para seguirnos hasta esta parte de nuestro bosquejo, cuál no será la satisfaccion que experimenta, durante todas estas noches, el desgraciado rincon de un muerto. De cuando en cuando crece el estruendo, aumenta el ronco mugir de las trompas, el campanilleo y el vibrar de los jons y tamboriles, y como esos desacordes sonidos vienen á perturbar el sueño, fácil es considerarse presa de una horrible pesadilla, ó como actor principal de una fantasmagórica ilusion de las relatadas por Offman.

¿Necesitamos insistir acerca de la energía con que dábamos á todos los demonios el difunto chino y sus singulares ceremonias? Ocioso nos parece acentuar la impresion que sentíamos, y como nunca es fácil saber á punto fijo la menor de las cosas que suceden en China, ignorando el tiempo que tendríamos que estar sujetos á ese atroz tormento, habríamos concluido por cambiar la fórmula habitual de darnos los buenos dias, preguntándonos en cambio: ¿qué tal noche le ha dado á Vd. el muerto?»

Pero como todo tiene un término en este mundo, y que al fin se habia de dar sepultura á tan festejado difunto, una de las interminables noches que tanto habian soliviantado nuestro mísero sistema nervioso, aumentó el ruido, y por fin, temprano, á la siguiente mañana, vinieron á avisarnos que nuestro tormento tocaba á su término, pues se notaban preparativos que indicaban que por fin iban á llevarle á su última morada.

Habíase, en efecto, erigido en frente de la puerta principal de la casa que habitaban, una especie de andas ó palanquin de colosales dimensiones, y propio para que en él cupiera el féretro que ha de trasportarse. Las varas son de laca roja (1), y de unos treinta centímetros de circunferencia, sujetadas al cuerpo principal de esa especie de monumento por cordones tambien rojos, como lo son todos los atributos y la mayor parte de los adornos que contiene: de las varas salen varias flechas, donde están las hombreras para los conductores, que son numerosos, pues nunca bajan de 25 á 30, y áun 40 hombres, los que se necesitan para ponerlo en movimiento. El palanquin fúnebre que nos ocupa, necesitó muchas más para trasportarlo, gracias á sus colosales dimensiones, y no pecamos de exagerados al asegurar que 50 hombres de cada lado lo cargaban.

Dentro de ese túbulo ambulante se encuentra encerrado el féretro, propiamente hablando. La parte superior se halla adornada de una reluciente esfera, y los cuatro costados están cubiertos con lujosas cortinas de seda bordadas de oro, representando monstruos que acompañan al clásico dragon verde y oro que con la boca abierta, los ojos encendidos, y alargando las garras, forma el sujeto principal de todas las colgaduras chinas. Desde el más encopetado mandarin, hasta el más pobre, tienen derecho para usar esta insignia que representa, por decirlo así, las armas nacionales. La única diferencia que existe y que con escrupuloso cuidado se observa, es la del número de garras, que de cinco que tiene el dragon imperial, van bajando hasta tres, que es la destinada al comun de los mortales. El aspecto general de este pesado fúnebre monumento, es á todas luces sumamente agradable á la vista, no sólo

(1) El color rojo es el consagrado por los ritos para todas las ceremonias de culto, casamientos y funerales. Roja es tambien la pintura de todos los templos y objetos religiosos.

por los vivísimos colores que contiene, sino tambien por la verdadera elegancia de sus formas exteriores.

Concluidos todos los preparativos,—que no son pocos por lo que se ha visto,—y asegurado que se haya el empresario de pompas fúnebres que es un personaje considerado en Pekin,—por más que la concurrencia que se hacen unos á otros sea mucha, pues por todas partes se ven tiendas de este lúgubre comercio con sus abigarradas muestras y sendos tambores colocados á sus puertas;—avisan al maestro de ceremonias, que empieza á constituir el cortejo con el sin número de gentes portadoras de atributos, banderas y otros adornos que remolinados se encuentran esperando la señal de ponerse en marcha, y aquí encontramos otra de las cosas más curiosas que posee la organizacion de esta curiosísima sociedad china.

El monopolio exclusivo de formar las procesiones fúnebres, así como las que acompañan á los casamientos, pertenece por un derecho, de tiempo inmemorial establecido, al gremio de mendigos, que es sumamente poderoso en el Imperio del Medio, y cuya organizacion tiene grandes ramificaciones hasta en el seno de las numerosas sociedades secretas que pululan en toda la China. Con él, aunque de mal grado, á menudo tiene que contar el gobierno imperial, y gran presion ejercen tambien en el comercio de tiendas á cuyas puertas llegan, generalmente de dos en dos, estableciéndose á la puerta, y con monótono canto insisten hasta que obtienen la limosna deseada, cumpliendo el refran de que pobre porfiado saca mendrugo, que en ninguna parte es tan verdad como en esta tierra de confucios, pues nadie se atreve tampoco á negarles el óbolo que reclaman, temerosos de atraerse desgracias sin cuento con la policía, que les escatimaria hasta la última *especa*, si por ventura tuviese el pordiosero la peregrina idea, que á veces se les ocurre, de amanecer ahorcado á la puerta de la tienda de donde con malos modos fueron la víspera despedidos.

Compuesta de ese género de gentes, la comitiva representa un aspecto triste y andrajoso, por más que los empresarios de pompas fúnebres tengan obligacion de vestir á los que á ellas asisten; pero el traje no pasa de ser otra cosa sino una especie de sucísimo camison y gorro de fieltro, parecido á nuestras *boinas*, con un boton ó bola roja de madera, de la cual salen dos plumas de gallo de idéntico color; pero todo ello tan andrajoso, súcio y feo, que de seguro

†

andaria sólo si en medio de la calle se les dejara; no estamos muy seguros de que así no suceda en los depósitos en que los conservan.

Cada uno de esos acompañantes es portador de un objeto diferente, que á paso marchan por cada lado de la calle. Como el color rojo y los dorados predominan, visto un entierro por primera vez, y de léjos, procesion de Carnaval parece, antes que fúnebre comitiva.

Abre la marcha del cortejo la chillona música china, compuesta de pitos, tamboriles, campanillas y el gary, cuyo atronador eco se oye á muchos metros de distancia, á la que siguen multitud de atributos más ó méuos extraños, y de trecho en trecho vienen las tumbocas, de dimensiones várias, á las que acompañan unas trompas de muchas bocas y largo cañon, parecidas á colosales embudos, que producen un rugir sunamente ronco y profundo. En esa forma, la procesion se va serpenteando por largas distancias, y cerca del palanquin fúnebre vienen los bonzos entonando cánticos religiosos. Detrás de ellos siguen los parientes más allegados del muerto, cubiertos de trajes blancos y sin ningun ornamento en el sombrero ó gorro que cubre sus cabezas, los cuales lloran y gritan en descompasada manera, arrojándose de cuando en cuando sobre el colchon que les acompaña y que sitúan en el suelo para que pueda descansar el cuerpo de las muchas genuflexiones, ademanes, y una especie de soba que se dan durante todo el trayecto desde la casa á la última morada del muerto. A estos siguen los caballos del difunto, armas, perros de caza y falcones, y despues el palanquin, precedido de las figuras alegóricas y emblemas que asistian en la casa durante los numerosos dias que dura el duelo, y un maestro de ceremonias que de trecho en trecho golpea para que los portadores cambien de hombros y no den al traste con el pesado féretro.

En vez de los coches que en Europa acompañan á los entierros, y que son en el interior de la China completamente desconocidos, vienen las carretas con todas las mujeres de la familia del difunto, y chicos, todos vestidos de blanco, que es aquí, como ya hemos visto, el distintivo del luto.

El cortejo prosigue así por espacio de varios kilómetros, hasta llegar extramuros al lugar escogido para dar sepultura al muerto en medio del campo, pues los cementerios, propiamente hablando, son desconocidos en China. La eleccion del sitio adecuado es tam-

bien tarea árdua en este Imperio, cuya eleccion corresponde á los geomancios, quienes indican el más á propósito por no existir en él malos espíritus ni nada que pueda perturbar el sosiego del muerto, cuyos geomancios, si la familia del finado es rica, hacen aguardar su decision por muchos dias. Fundan sus indicaciones en su doctrina del *fung-shwi*, ó sea en las reglas del agua y del viento que son el fárrago más completo de supersticion y tontería á que jamás ha dado crédito la mente humana en ningun país ni época, y no hay ciertamente nada más triste que el ver todo un pueblo sujeto á semejantes engaños.

Los profesores de este arte poseen, segun parece, nociones, aunque ligerísimas, de las doctrinas budháticas y racionalistas, de medicina y astronomía, á las cuales agregan cuantas patrañas se les ocurre. Las influencias perspícuas para la sepultura pronto se hallan viciadas por los geomancios que se preparan así nuevas oportunidades de ganarse la vida. El poder y soberbia de estos nigromantes es tal, su osadía tan grande, que M. Brown cuenta el caso de que uno de ellos, despues de escogido á una familia un terreno á propósito para la sepultura, habia sido atacado de una oftalmía, y suponiendo que esa enfermedad le venía de haber sido envenenado por aquella, alquiló gentes para llenar el sitio de piedras y pedrajos de roca, con lo cual el terreno, por ese hecho, quedó completamente inadecuados. Los lugares que se consideran como los más afortunados son una colonia con vista al agua ó un bosque en la cercanía de un monte.

Otro de los cuidados principales es el de escoger un lugar á donde el agua no pueda llegar nunca, y tanto es así, que en el Sud de China los sitios preferidos para sepulturas son las colinas incultas á causa de su sequedad, porque ésta preserva los féretros de los ataques de las hormigas blancas; pero en el monte donde ese insecto no existe, las sepulturas todas se hallan situadas en las praderas y tierras cultivadas, de suerte que en los alrededores de Pekin, por ejemplo, no se puede dar un paso sin atravesar una sepultura más ó menos rica, y que son fáciles de conocer por el pequeño túmulo que indica, así como la pared que en forma de colosal sillón de brazos las rodea, y plantacion de árboles que con sus sombras dá apacible aspecto á todo el monte. Aun cuando dichas paredes están construidas de piedras y pilares esculpidos en sus

esquinas, el local de la tumba se considera tanto más favorable, cuando su situación domina mejor vista, con su gente debe vagar más complacido el espíritu del difunto, y muchas de estas tumbas ocupan centenares de pies cuadrados, teniendo á las extremidades del terreno pequeñas palmas con dos signos grabados que indican á quien aquel *chh* ó morada pertenece, no siendo raros los sepulcros en que se han invertido considerables sumas. M. Fortune, en sus relaciones de viaje, así como M. Williams, trazan la descripción de una tumba cerca de Sung-kinng-ful, la cual se halla establecida en la cumbre de una colina, á la que se tiene acceso por una escalera de piedra tallada, á cuyos lados se encuentran estatuas representando cabras, perros, gatos, caballos enjaezados, y por último, dos gigantescas estatuas representando los sacerdotes del culto de Budha que se hallan á cada lado.

Este lujo de esculturas también se encuentra en las tumbas de varias de las dinastías que han gobernado este vasto imperio, pues ninguna de ellas llega en esplendor y magnitud á la que existe en la calzada de estatuas perteneciente á las sepulturas de la dinastía de los Mings, cuya descripción nos abstenemos de hacer, aunque detenidamente la hemos visitado, por creer que son muchas las que ya existen, y hemos de cansar demasiado la atención de los curiosos que hayan tenido paciencia suficiente para seguirnos en todo este nuestro fúnebre bosquejo.

El entierro, pues, una vez consumado, los parientes y amigos vuelven á reunirse en la casa mortuoria y al son de música y timbrazos salen nuevamente á la calle todos en comitiva, y se dirigen á una de las muchas calles que cruzan la ciudad para asistir al envío de los objetos que se envían al nuevo habitante del reino de las sombras. Consisten estos presentes, en palacios, caballos, barcos con sus tripulantes y todo cuanto puede necesitar, sin olvidar las ropas y dinero; pero por una juiciosa economía,—como festivamente dice Davis,—los referidos envíos se hacen quemando objetos análogos hechos de papel, con un esmero tan grande, como ridículamente grande es el rito que tales cosas prescribe. De notarse también es que las hijas del difunto, una vez casadas, no asisten á los funerales por considerarse que han dejado de formar parte de la familia, y por lo tanto ni llevan luto ni á las ceremonias se les convida.

Los lutos se llevan con sumo rigor en China, y se hace exten-

sivo hasta á las tarjetas, de que tanto se usa y abusa en este Imperio. La duracion nominal es de tres años; pero últimamente la han modificado reduciéndola á veintisiete meses únicamente. Durante los treinta dias que siguen al fallecimiento, los individuos más próximamente relacionados con el difunto, no pueden afeitarse la cabeza ni cambiar de vestidos; debiendo aparecer súcios y mal cuidados, para demostrar así que su pena les priva de todo instrumento limpio, circunstancia que no les cuesta mucho trabajo, dada la tendencia que tienen á la suciedad, por más que en alguna parte hayamos leído que el chino es limpio, cuya aseveracion dista tanto de la verdad como lejos estamos de Europa.

La severidad de los lutos se observa tambien con esmerado cuidado cuando el Emperador fallece, hasta tal punto, que en esos casos todos sus súbditos tienen la obligacion de dejarse crecer el cabello durante cinco dias; los casamientos se aplazan, ciérranse los teatros y demás diversiones, llenándose todo el Imperio hasta sus más remotos confines de señales de duelo. Asegura M. Gignes que el Emperador Sunchi (I de la última dinastía), al fallecimiento de su consorte ordenó que se inmoláran treinta personas en sus funerales; pero, en cambio, su hijo Kanghi prohibió que cuatro mujeres se sacrificasen á la muerte de la Emperatriz.

Cuando un mandarin, cualquiera que sea la alta posicion que en la córte ó en el Gobierno ocupe, pierde á su padre, su primera obligacion es pedir permiso al Emperador para retirarse á su casa, y, en efecto, se aparta de todos los asuntos por espacio de dos años, á ménos que el Emperador no le dispense algunos meses aislamiento y retiro voluntario, que ya en tiempo de profusion se observaba.

La veneracion por los antepasados es tanta, que en todas las casas existe un salon que les es consagrado, hallándose en las ricas, esta construccion separada del resto de la casa, adornado segun los medios con que cuenta. En ellos se encuentra una mesita en forma de altar, cuya tabla superior se llama *shinj chu*, ó sea morada de los espíritus, en las que se hallan grabados los nombres, cualidades y fecha del nacimiento y muerte del antepasado. Cuando el salon es espacioso y la familia rica, no reparan en gastos para dorar y adornarlo con banderas, sedas y demás objetos de lujo; sirviendo en los dias festivos de punto de reunion para los amigos, así como para las importantes reuniones de familia. Antiguamente tambien

se colocaban en ese local los retratos de los miembros de la familia fallecidos; pero en la actualidad esa costumbre ha caído en desuso.

Los chinos también observan una especie de fiesta que bien puede compararse con nuestro día de difuntos, pues sus ceremonias mucho tienen de parecidas con las nuestras cuando en ese día se ostenta veneración á nuestros muertos; pero con la diferencia de que como son chinos no visitan cementerios, la reunión se verifica en cada tumba. Así es que en Abril, durante el período de ese mes, llamado *ting ming*, es cuando se observa la fiesta de *pai-shan*, ó adoración de los antepasados. La población entera, tanto hombres como mujeres y niños, en tropel se dirigen al campo, llevando consigo todos los objetos necesarios para los sacrificios y libaciones, así como velas, papel é incienso, que queman en medio de multitud de ceremonias y rezos.

La práctica de esas ceremonias principalmente fué lo que dió ocasión para que se produjera el conflicto que ocurrió entre los primeros misioneros católicos que vinieron al Imperio del Medio, y con el cual quizá se hubieran modificado por completo las costumbres y supersticiones de este pueblo. Los jesuitas, con ese tacto que no es posible desconocer en ellos, comprendiendo cuán contrario sería para la propagación de la fe que predicaban, herir de frente las creencias y prácticas tan inofensivas como tal vez mentirosas con que los chinos pagan tributo de cariñoso recuerdo á sus antepasados, especial cuidado tuvieron en no prohibir á sus conversos esas prácticas religiosas, si bien se esforzaban en alejar de ellos todo cuanto más firmemente recordase sus prácticas paganas, y de esta suerte sus doctrinas empezaron á cundir de una manera maravillosa en todas las clases de la sociedad, llegando hasta tener gran influencia en la corte misma de sus celosos emperadores.

Vinieron á poco los frailes franciscanos y dominicos, y ya sea por rivalidad ú otras causas que no son de tratar en este ligerísimo bosquejo, emprendieron cruenta guerra con sus antecesores en su predicación de la Divina palabra, y haciéndoles cargos por esta juiciosa tolerancia, dieron lugar á gravísimas controversias, que tuvieron que ser sometidos á la decisión del Santo Padre, quien resolviéndola en sentido tan fanático como imprudente, dió por resultado la expulsión de todos los misioneros sin distinción de clases.

No se comprende cómo el Papa y los dominicanos se opusieron

en tan alto grado á que los nuevos conversos tributasen á sus antecesores la especie de adoracion y el culto que tanto aprecian los chinos, pues no hay la menor duda de que en el fondo sean ceremonias, aparte de las formas idólatras que hubieran sido facilísimo de desterrar, muchos son los puntos de contacto que tienen con las nuestras, y porque en ellas nada existe tampoco que tenga relacion con los misterios obscenos, pues antes por el contrario, todas sus ceremonias están revestidas de un carácter decoroso y agradable y encaminadas á fortalecer los lazos entre la familia, como lo prueba el que sus miembros jóvenes recorran á veces muchas leguas de distancia con el sólo fin de concurrir á ellas.

Para terminar, diremos, sin embargo, que, á más de los ritos y ceremonias fúnebres que dejamos retratadas, y que, dicho sea entre paréntesis, muy dichosos nos consideraremos si éstas han logrado interesar algun tanto al curioso lector que haya tenido valor para leernos, existen en China infinidad de prácticas supersticiosas, encaminadas en su mayor parte á interceder, en vez de rogar por los difuntos, como es consiguiente que acontezca cuando se cree en el poder de génius ó demonios que perjudican ó protegen el género humano hasta más allá de la tumba si nuestro propósito no se ha logrado; y, tanto es así, que las ceremonias religiosas que los chinos practican, y con especialidad en los templos, ántes que á implorar bendiciones, sus ruegos se elevan para evitar las desgracias que pudieran sobrevenirles por la intervencion airada de los malos espíritus, dispensadores del bien y del mal entre los hombres; y por eso es que, como en la mayor parte de los pueblos orientales tan grande es la fé en los amuletos y encantamientos que llevan colgados en diferentes partes del cuerpo, costando algunos de estos objetos mucho más de lo que á veces sus fortunas personales les permite.

A ese orden de ideas tambien obedece el estruendo con que en este país se ejecutan las ceremonias fúnebres, probando así una vez más de que todo aquí acontece al revés que en Europa, y que es imposible comprender á este pueblo si se juzga con el mismo criterio con que se aprecian nuestros usos y costumbres, como queda demostrado por el bosquejo que al correr de la pluma hemos trazado, sin más pretension que la de encontrar algun solaz en las interminables horas que en ninguna parte como en la capital del Celeste Imperio son de interminable duracion é inaguantable tédio. No por

eso desconocemos cuán grande es nuestra osadía al atrevernos á publicarlas, pero confiamos en la bondad de los lectores de la REVISTA, para no dudar de que, si su aprobacion no encuentra este humildísimo bosquejo, volverán la hoja, y tan amigos como antes quedaremos.

C. A. DE ESPAÑA.

Pekin y Mayo de 1877.